

EL
ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*A J. . . . romance*, por D. Francisco J. Manrique.—*Preferencias de un padre*, (continuacion), por doña María Mendoza de Vives.—*Crónica de Paris*, por D. Jerónimo Lafuente.—*Revista de la semana*, por don Eusebio Blasco.—*Explicacion y aplicacion del figurin*, por Pamela.

Con este número se reparte un figurin y el pliego segundo del tomo sexto de la *Galeria de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE SEGUNDA.

ESPOSA.

(Continuacion).

XXXIV.

EL MARQUÉS DE MONTEMAR Á LA MARQUESA.

Madrid, agosto de 18...

Ya es tiempo, señora, de que vuelva V. al lado de su marido, y á su casa: ya es tiempo de que deje esa existencia errante y romántica, y en fin, de que guarde el decoro que debe á mi nombre, que tanto ha honrado siempre mi noble madre.

A la verdad, jamás habia pensado que, al casarse conmigo, su única idea era la de conseguir una completa libertad! hacer su gusto, extravagante siempre, y saltar por todas las conveniencias sociales: por aquí se habla de no sé qué intriga que V. sostiene, y que se divide en dos partes de muy mal gusto entrambas: se dice que está V. enamorada del conde de Peña-fiel, que él lo está de usted, y que se han dado cita en esas soledades: y tambien que V. ha escrito á la condesa no sé qué carta espantosa, que le ha hecho mucho daño: tanto, que desde que la recibió, está enferma de grave peligro.

Y bien ¿qué significan esos pequeños desór-

denes con sus puntas de románticos, y en los que tan desairado papel se me reserva?

Desde luego, advierto á V. dos cosas: primera, que en toda especie de galanteos, debe cuidarse ante todo de que yo no los entienda: y segunda, que exijo de V. que respete el decoro y sosiego de Clara, á la que estimo como á una noble amiga, y como á la hija de los mejores amigos de mis padres.

No sé, en verdad, explicarme la debilidad que me aconsejó permitir el viaje de V. á ese pais: á mi lado está su sitio, y de mi lado no debe separarse nunca: lo que seria pasable despues de seis años de matrimonio, es ridículo á los ocho meses: una tan pronta separacion solo puede efectuarse sin que choque cuando tiene lugar un matrimonio de conveniencia, y ya sabe usted que yo no hallé ninguna al unirme á V. y que me debe mas consideraciones y gratitud, que otras esposas á sus esposos.

No me agradan los idilios pastoriles ni los amores silenciosos, y así, apresúrese V. á dejar esos bosques y esas auras para venir á presidir mi salon que quiero abrir en el próximo invierno, y que necesita algunas reparaciones.

Aquí se puede V. entregar tambien á sus accesos de sentimentalismo.

Aquí puede V. tener tambien adoradores: pero á mi vista, y sabiendo yo lo que sucede y que no estoy en ridículo.

Además, señora, me fastidio solo, y necesito

de V., para que me acompañe durante las veladas que ya van siendo largas.

Por otra parte, es en V. un deber acompañar á mi buena madre: á mi madre, á quien tanto costó admitirla por hija, y que, sin embargo, con esa santa y cristiana abnegación que forma el fondo de su noble carácter, como á tal la ha mirado desde que salió del templo con mi nombre.

Ella la necesita á V., porque á causa de una dolencia, que se apoya sin duda en el disgusto de mi casamiento, no puede ocuparse de ninguno de los pormenores del gobierno de su casa, que ahora debe V. atender.

No espere V., pues, á que le reiteré mi orden de venir, y á que vuelva á recordarle que la espera.

CÉSAR.

XXXV.

CLARA Á MÉLIDA.

Madrid, agosto de 18...

¡Qué horrible carta he recibido, Mérida!

Quería ocultártelo, y hasta durante algunos días me alimentado hácia tí un odio amargo y profundo! esa carta que abría en mi alma tan sangrienta herida, ese funesto escrito declamaba contra tí, á gritos que resonaban en el fondo de mi cerebro y me volvían loca!

Sé que nuestra madre te ha dirigido una copia de esa carta horrible: yo te envío la carta original: guárdala, ó rómpela: acusa á Camilo y á tí: ó mejor dicho, es un puñal que pugna sin cesar por arrancar de mi corazón el tierno amor que os tengo á entrambos.

Pero yo no quiero dejar de amaros, Mérida: solo cuando haya cerrado mis ojos la muerte dejaré de idolatrar á Camilo, y de profesarte á tí el apasionado cariño que te he consagrado siempre: yo no puedo espresar cuánto ansiaba y temía tu primera carta: sin haber sospechado ni por un instante que me hicieras traición con mi marido, temía que el amor de este hallase eco en tu alma tierna, inocente y elevada y que fueses, si no culpable, muy desgraciada al menos! puedes, pues, suponer el júbilo que habré sentido al leer las primeras palabras de tu carta:—¡soy madre! tu gran talento ha sabido comprender que esto lo purifica todo!

Yo también lo soy, hermana mía: nuestros hijos verán la luz con poco tiempo de diferencia: ojalá podamos unirlos, ya con los lazos de la más tierna amistad, ya con los del más acendrado amor: ¡si yo tuviese un varón me volvería loca!

pero tú quizás desearás una niña, porque tu corazón es más tierno, y más propio para educar á una criatura dulce y débil como tú.

Ya el agudo dolor, que me atormentaba, ha pasado como una negra nube: á través del cielo encapotado, percibo algunos pedazos de puro y sereno azul: hace pocos días escribí al mejor amigo de Camilo, al duque de Richeville, á fin de que me informase del estado del ánimo de mi marido, que él puede conocer fácilmente por sus cartas, pues le escribe con el mayor abandono y la más completa confianza: su carta me ha sido tan benéfica y consoladora que ya mi espíritu ha sacudido la fatiga que le agobiaba, y vuela por las plácidas regiones de la esperanza.

Pero no ha sido inútil para mí la crisis dolorosa porque estoy atravesando: un grande é imprevisto pesar doma el carácter, á la manera que el freno doma á un caballo fogoso: pasadas las horas de fiebre y de extravío, la vida es más bella, y con las realidades del dolor, se olvidan los sueños ambiciosos y las tristezas imaginarias.

Hermana mía, yo quiero que seas siempre mi amiga: solo á tí quiero contar mis dolores, mis temores para el porvenir, así como mis esperanzas: porque tú, Mérida, eres la sola amiga digna de mí, y esta confianza puedo hacerla á tu superior talento sin que te burles de ella; te lo confieso, estas mujeres ociosas, frívolas, ridículamente petulantes, son á mis ojos muy pequeñas y muy indignas de mi amistad: así al menos me lo parecen, y siempre ocultaré á sus ojos con el mayor cuidado mis impresiones.

Sin cesar viene á mi mente la misma idea cuando hago comparaciones entre tú y las demás mujeres que conozco: ¡por qué no te has casado cerca de mí! ¡ah! ¡si te hubiera conocido el duque de Richeville! ¡qué hombre tan noble, tan grave, tan dulce, tan grande, en fin, y qué desgraciado ha sido! ¡cómo te hubiera amado y qué dignos érais el uno del otro! ¡qué linda, qué adorable duquesa hubieras hecho! ¡mi pobre niña, tu caíste en el primer lazo que te tendieron, y por desgracia de nuestra madre y por la mía, te separaron de nosotros!

De propósito he dejado para acabar esta carta el hablarte de una cosa que me incomoda y me irrita. Cesar no deja de perseguirme con sus galanterías: como ya hace más de un mes que estoy enferma y que apenas me levanto dos

horas al día, no recibo á nadie, pero cada noche, al entrar el lacayo de la antesala las targetas que han llegado durante el día, hallo la suya: ayer, mamá, que desde que Camilo se marchó vive conmigo, se empeñó en llevarme hasta el mirador de cristales de mi cuarto para que me sentase allí en un sillón: enfrente ví á César que estaba mirando la casa atentamente. Mamá le vió tambien, y aunque no me dijo nada, hizo un gesto de indignacion y de desprecio, y me dió un libro para distraerme y á fin de que no le mirase, precaucion innecesaria, pues al instante olvidé que se hallaba allí.

Hago punto final, porque me hallo muy fatigada: he estado, y aun estoy muy enferma: si no fuese por que espero á Camilo, á quien he escrito, me iria á tu lado á restablecerme: pero le espero á él... y tú comprenderás lo que esto es para mí.

Escríbeme y perdona á tu amante

CLARA.

(Se continuará).

María del Pilar Sinués de Marco.

Á J...

Niña de los garzos ojos,
la de los negros cabellos,
la de la boca de mieles,
la de la cara de cielo;
con tal locura te adoro
y tan de veras te quiero,
que diera por merecerte
hasta mi postrer aliento:
no juzgues vana quimera
esta espresion de mi afecto,
que con los ángeles, niña,
no he sido nunca embustero;
para alcanzar tu cariño
escasos títulos tengo...
que la fortuna conmigo
anduvo á paso de ciego
y en este siglo del oro
no hay mas blason que el dinero;
ese metal codiciado,
aborto de los infiernos,
por el que todo se obtiene
(algunas veces en sueños)
y con el cual son iguales
los nobles y los plebeyos:
perdona, pues, vida mía,
si á confesarte me atrevo
todo el amor que me inspiras,
mi pequeñez conociendo...

Y adios la graciosa niña
de los hermosos cabellos,
entre cuyas negras redes
está mi coraz on preso.

Francisco J. Manrique.

Agosto, 1865.

PREFERENCIAS DE UN PADRE.

(Continuacion).

V.

Inés cumplió su palabra y entró en la fábrica, donde el primer día no pudo menos de llamar la atencion.

—Quién es esa jóven tan hermosa? preguntó un obrero al divisarla entre un grupo de mujeres, como una inesperada y bellísima aparicion.

—¿Quién es? volvió á preguntar cogiendo por el brazo al compañero que encontró mas próximo y dando con él un pequeño rodeo, para colocarse en sitio donde poder contemplarla de nuevo.

Inés, adivinando el efecto que producía, pasó con los ojos bajos aunque erguida y ruborosa.

—¿Quién será esa mujer, quién será? repetía el jóven.

—¿Quién! repuso su compañero, una marquesa.

El obrero hizose atrás y miró de lleno al que así decía. Este prosiguió:

—No te espantes, digo una marquesa, porque ha vivido como tal. Esa jóven es una hermana mia, criada por su madrina, que ahora ha muerto.

—¿Hermana tuya! ¿entonces puedo esperar?...

—Nada; pica muy alto.

—Entonces ¿por qué viene aquí?

—Por lo mismo, para bajarle el orgullo, para que comprenda cuál es su posicion y no quiera imposibles. Hé aquí por qué la llamo *la Marquesa*.

Algunos dias despues, el obrero, enamorado de la jóven y desdeñado por ella como otros muchos, refirió las palabras de Jaime á sus compañeros, que por venganza dieron en llamarla la Marquesa.

Este apodo, como una de esas frases que hacen fortuna y que se ponen de moda una temporada, tuvo gran éxito entre los hombres, y al pasar de boca en boca llegó hasta las mujeres, que la acogieron con entusiasmo.

Resentidas estas con la hermosísima obrera, que dedicada á su trabajo no alternaba en sus conversaciones, ni las dirigía una mirada, como si temiese contaminarse con su trato, aislada en su silencio como las antiguas castellanas en sus

fortalezas, alegráronse de encontrar su imperceptible alfiler con que punzarla á todas horas.

Inés, aunque acostumbrada á que Jaime en el interior de la familia la llamase la Marquesa, chiste que habia dado lugar á serias cuestiones entre ambos, estaba muy lejos de sospechar que ese apodo hubiera traspasado las paredes de su casa.

Mas un día, al llegar á la fábrica y al separarse de su madre, que trabajaba en distinto departamento que ella, una chiquilla se le puso delante, la miró con descoco y, echando á correr, gritó: La Marquesa, ya está aquí la Marquesa. El corazón de la jóven oprimióse dolorosamente y las lágrimas acudieron á sus ojos; sin embargo, siguió avanzando.

Al subir la escalera, varias voces murmuraron á su espalda: Allá va la Marquesa, allá vá.

En el último tramo, una voz chillona dijo:—Paso á la señora Marquesa; y como si aquel grito hubiera sido una señal convenida, no se oyó otra cosa que:—Buenos días, señora Marquesa.

—Señora Marquesa, ¿cómo ha pasado usía la noche?

—Señora Marquesa, que la aguarda el algodon.

—Señora Marquesa; señora Marquesa; señora Marquesa...

Inés no pudo mas, y se sentó en las últimas gradas, ocultando el rostro entre sus manos y prorumpiendo en sollozos.

La venganza femenina no se aplacó ante el dolor de la víctima, sino que, por el contrario, tomando creces, clamaron veinte voces á la vez:

—La Marquesa llora, la Marquesa llora, ¿dónde hay un marqués que la consuele? Un marqués que le enjague las lágrimas. Un marqués...

Ante tan refinada crueldad, Inés recobró su orgullo, irguió de pronto su majestuosa talla, levantó su hermosísima cabeza, y serenando su faz, donde brillaban como líquidas perlas las gotas de su llanto, tendió sobre los grupos que la rodeaban una desdeñosa mirada y dijo con imponente dignidad:

—No lloro este insulto, que afrenta inmerecida lo es de quien la infiere: lloro porque la ingratitude de un hermano os enseñó esa palabra. Y abriéndose paso por entre la multitud, entró en el taller y ocupó su puesto.

A la noche, durante la cena, que era por demás silenciosa, la madre fué quien se atrevió á recordar el suceso de la mañana, diciendo á Inés que permanecía profundamente concentrada:

—Come y no pienses mas en ello, que no volverá á repetirse.

—Ya lo creo, repuso la jóven; como que no pisaré mas aquel sitio.

—¿Y por qué? preguntó el padre.

—Porque fuí para ayudar con mi trabajo á librar á Jaime de la quinta; ya está libre y no vuelvo.

—Muy pronto lo has dicho.

—Padre, no me obligueis á volver: por Jaime fuí y por él me han afrentado. Jaime apresúrese á responder:

—Es un error; yo no he tenido parte alguna en esa broma de mujeres, y apenas lo supe hablé tan alto, que se han dado las órdenes necesarias para que no se repita. Además ¿qué hueso te han roto? si te llaman la Marquesa, tuya es la culpa; ¿por qué tienes esos aires, y pasas sin mirar á ninguno?

—¡Jaime, Jaime, no me precipites! repuso Inés.

—Vamos, conclúyase la cuestion; ni te han roto ningun hueso, ni dejarás de ir, exclamó Gifre.

—Señor, no me obligueis á hacer una cosa contra mi voluntad.

—Los hijos no la tienen.

—Con todo, Jaime se cansó del estudio y dejó de ir; quiso entrar en la fábrica y entró, y si hoy quisiera cambiar de oficio, se lo permitiríais.

—Sí.

—Eso prueba que tiene voluntad.

(Se continuará.)

Maria Mendoza de Vives.

CRÓNICA DE PARÍS.

—¡Cuánto han crecido estos árboles desde el año pasado; parece increíble!

Esto decía á Dumas, hijo, un amigo suyo, al pasar por los Campos Elíseos, á lo cual aquel respondió:

—No me estraña; no tienen otra cosa que hacer!...

Todo el que ha visto París en los días que precedieron al 15 de agosto ha debido exclamar:

—París no piensa mas que en divertirse.

Y efectivamente, los preparativos para la fiesta nacional del 15, emprendidos con un mes de anticipacion, prometian diversiones á centenares.

Se ha calculado en trescientas mil las perso-

nas venidas á Paris, á divertirse; pero el *hombre propone y Dios dispone*.

Cuando en España se anuncia algun espectáculo al aire libre, se tiene buen cuidado de encerrar dentro de un parentesis el tradicional «si el tiempo lo permite.» Aquí se olvidaron de estampar esta fórmula en el programa, y el tiempo, resentido de que no se hubiera contado con él, se vengó, con demasiada crueldad á mi ver, porque al fin y al cabo ninguna culpa teníamos los que no hablamos intervenido en la redaccion de los programas.

En esta, como en otras muchas ocasiones, pagaron justos por pecadores.

Amaneció, pues, el tan deseado día y el ruido del cañon despertó á los que dormian, que corrieron á mirar al cielo á través de los cristales de su habitacion.

Llovía á mas y mejor.

Tornáronse entonces las alegrías en tristezas, y nos consolamos con la esperanza, ¡quién no tiene una! de que las nubes se irian con el agua á otra parte; pero pasó una hora y otra y otra, y continuaba lloviendo si Dios tenia qué, y tuvimos que contentarnos con leer los periódicos *ilustrados*, ó jugar una partida de dominó al rededor de una mesa de café, dirigiendo de vez en cuando una mirada, ora suplicante, ora amenazadora, á las nubes, que no hicieron caso y siguieron su tarea con tenaz empeño.

Y nos hacíamos la ilusion de que estábamos *matando el tiempo*, siendo así que era este el que mataba nuestros proyectos y ahogaba nuestras esperanzas.

Creerán mis lectoras que la fiesta se aplazó para otro dia. Parece natural, y, sin embargo, no sucedió así. Aquí se hacen las cosas á toque de campana, á pesar de los cuatro elementos.

Y en prueba de ello os voy á contar lo que ví, no há mucho tiempo:

Eran las seis de la tarde y llovía á mares. Yo me refugié en un café, enfrente de uno de los mil jardincitos que embellecen la mayor parte de las plazas de la capital.

Un hombre con una enorme regadera en la mano, regaba las flores y los arbustos del jardin.

Ya he dicho que el agua caía á torrentes.

—¿Te estraña que ese hombre riegue al mismo tiempo que el cielo parece anegarnos? me preguntó un amigo.

—Ciertamente, le contesté, me parece completamente inútil el regar la tierra mientras caen mares de agua.

—Amigo mio, esa es su obligacion: cobra un sueldo por regar todos los dias á las seis en punto y á él nada le importa que llueva ó que esté raso: cumple extrimamente con su deber y no se mete en mas.

La municipalidad de Paris hizo, pues, una cosa parecida; el programa se cumplió de pé á pá, á pesar de la lluvia, y el que quiso sufrir el chubasco vió cumplido lo anunciado, como si hubiera hecho el dia mejor del año.

De manera que á aquellas de vosotras, amables lectoras, que pensábais venir y luego habeis preferido quedaros en nuestra hermosa España, no os debe pesar el haber aplazado vuestro viaje, si bien, tengo para mí, y es cuestion esta que los astrólogos no han tocado siquiera, que si en España tenemos hermosas noches y dias serenos, si el sol no deja de visitarnos todas las mañanas, con raras escepciones, es debido, no al clima ni á la situacion topográfica del país, ni á otras circunstancias, torcida ó derechamente esplicadas por aquellos señores, sino á los ojos de las españolas.

Si hubiérais venido, seguro estoy de que habríamos tenido un 15 de agosto sin nubes.

Aguóse, pues, la fiesta, y las cosas volvieron á su estado natural.

¿Natural he dicho? Pues me he equivocado como vais á ver.

La mayor parte de los periódicos de Paris han publicado, bajo el titulo de *Manifestaciones espiritistas*, una relacion sorprendente de lo que han visto varios periodistas que asistieron, dias atrás, á una sesion dada en Gennevilliers por los hermanos Eveuport, y llaman la atencion de las autoridades sobre los hechos que han presenciado, á fin de que se prohiban si son supercherias y se estudien tan estraños fenómenos, si son realidades.

Las cosas tienen lugar de la manera siguiente:

Los hermanos Eveuport, ó sea los *mediums*, están sentados, y sobre una banquetta aislada hay una larga cuerda, un tamboril, muchas campanillas, dos guitarras, y un violin con su arco.

Ciérranse las ventanas, y las campanas suenan, las cuerdas de las guitarras vibran, el tambor y el violin hacen su oficio.

Pasan veinte segundos, y se abren las puertas.

La cuerda, un momento antes sobre el banco, sujeta ahora á los dos *mediums*, atados fuer-

temente de pies y manos, de tal manera que sería imposible, en el transcurso de una hora, deshacer los infinitos nudos de la cuerda que los tiene amarrados á su asiento.

Los espectadores son libres de examinar de cerca á los *mediums*, así encadenados por un poder oculto.

Vuélvense á cerrar las puertas, y en el mismo instante vuelven á sonar las campanas, las guitarras vibran de nuevo, y el violín y el tambor acompañan con sus sonidos tan singular concierto.

Entra la luz bruscamente, y vése un momento todavía saltar los instrumentos sobre la banqueta.

Los *mediums* entretanto, siempre inmóviles y atados, presenciaban silenciosamente tan estraña danza.

En vista de estas y otras muchas esperiencias que fuera largo referir, un periodista pidió permiso á los hermanos Eveuport para colocarse á su lado mientras tenían lugar las maravillas.

Sentóse entre ambos y puso cada una de sus manos sobre las rodillas de los *mediums* para percibir mejor cualquier movimiento que pudieran hacer.

Cerradas las puertas, repitióse el maravilloso concierto.

Cuando entró la luz, vióse al periodista con los cabellos y la corbata en desórden, y con el tamboril por sombrero.

Los hermanos Eveuport no habian variado de posicion.

El periodista refirió al público impaciente lo que habia experimentado, empezando por decir que aquello era inconcebible. Aseguró que ninguno de los *mediums* se habia movido, y que sin embargo, habia sentido la impresion simultánea de muchas manos y pies sobre su cabeza y sobre todo su cuerpo, ya acariciándole, ya tirándole de los vestidos, ya dándole de bofetadas.

Mas admirables todavía fueron las esperiencias que siguieron, y que renunció á contarlas, porque las encontrareis detalladamente en muchos periódicos.

Tanto han llamado la atencion las maravillas de que acabo de hablarlos, que los hermanos Eveuport se han propuesto dar sesiones todas las noches en Gennevilliers.

Preciso es, dicen los mas escépticos, ver y estudiar antes de negar estos hechos ó de sonreír desdeñosamente.

Los famosos experimentos con que M. Hume hizo tanto ruido en Europa, produjeron risa y desden: las manifestaciones *espiritistas* de los hermanos Eveuport han producido la duda, é indudablemente producirán la discusion entre los hombres científicos.

Los que ayer se burlaban, no quieren hoy confesarse escépticos ni crédulos, y piden que se estudie y se esclarezca la verdad.

Esperemos, pues.

Jerónimo Lafuente.

París 8 de setiembre de 1865.

REVISTA DE LA SEMANA.

El último adios.—Teatro del Príncipe.—Zarzuela.—El juego.
—Tres historias inverosímiles.

«Adios amores, juventud, placeres,
adios vosotras las de hermosos ojos
hechiceras mujeres...»

ó lo que es lo mismo; adios Campos Eliseos, con vuestra poética ría, y vuestra montaña rusa, y vuestros baños, y vuestros columpios, y vuestros jardines, y vuestros conciertos, y vuestro teatro!

Adios, Campos Eliseos, con vuestras lindas madrileñas, que despues de haber hecho pedazos los corazones mas duros, se alejan sonrientes y juguetonas á tender las redes en otra parte!

Adios, vastos campos donde el que mas y el que menos llevó un corazón

libre, feliz é independiente,
y se le dejó coger sin poderlo remediar oyendo la Marta ó el Guillermo, sin comprender que mientras oía las delicadas notas le estaban tendiendo amante lazo, las que llevaban lazos y cintas de color de esperanza!

Adios, Campos Eliseos, teatro de tantas y tan sangrientas guerras. Pronto habrá que decir de vosotros:

Estos, Fabio ¡ay dolor! que ves ahora
campos de soledad mustios collados
fueron un tiempo fonda, café, salon de conciertos, plaza de toros, teatro y tiro de pistola.

El invierno se acerca á pasos agigantados, y parece que nos va empujando hácia el centro de la ciudad; mientras la empresa de los Campos dice con aire de escama

las puertas del harem se cierran
y todo vuelva á su primer estado,

la empresa del teatro del Príncipe dice á los abonados y á los que no lo son

aquí te espero

comiendo un huevo,

y las niñas que adornaban con su presencia el grandioso teatro de Rossini se preparan á ser el mas bello adorno del precioso teatro del ayuntamiento. En las cubiertas del presente número del *Angel* podrán ver mis lectoras cuanto de fijo desean relativo al teatro donde este año van á trabajar todas las notabilidades con que cuenta el arte dramático en España.

El año promete ser notabilísimo en los fastos teatrales.

El de la Zarzuela ha inaugurado la temporada con tres piezas de las cuales dos han vivido cuatro dias; lo mismo ni mas ni menos que un perro que yo tuve, y que ladraba con cierta gracia: la tercera, titulada *La Epistola de San Pablo*, es un arreglo del señor Correa, que quitó al público su mal humor.

El suicidio de Alejo, parodia estrenada en la noche del once, agradó por los chistes que tiene y por la graciosa ejecución con que fué presentada.

Hablemos ahora de chismes de la villa.

Se asegura que un jóven muy conocido en los círculos viciosos, se ha vuelto loco á consecuencia de haber perdido un capital en el juego.

De algun tiempo á esta parte el número de las casas de juego ha aumentado tan considerablemente, que cada paso es un garito. Ustedes, señoras lectoras mías, que tendrán hermanos, y amigos y aun hijos, si me apuran, y que acaso habrán observado en ellos sobrada afición á estudiar en el libro de las cuarenta páginas, díganles en secreto que el juego no es mas que uno de los disfraces con que se viste el robo; que es preferible emplear el dinero en comprar un libro de Fernandez y Gonzalez (y cuidado que esto es peligroso) que emplearlo en aumentar la fortuna de cuatro ó seis individuos que viven á expensas de los incautos.

Otra de las historias que tengo que referir á ustedes es mas graciosa y menos sensible que la que dejo escrita.

X**, jóven y calvo, ha hecho creer á todos sus amigos que le ha salido el pelo en un mes, sin usar ni la pomada de oso ni esos otros líquidos *ad hoc* para citar á sesion extraordinaria á los cabellos que se marchan.

Hé aquí el sistema de X**

Se mandó hacer treinta pelucas de tal manera, que la primera era casi calva, la segunda tenía cuatro ó seis cabellos, la segunda cincuenta ó sesenta, la tercera mil ó dos mil, y así sucesivamente, de modo que se las fué poniendo una tras otra, y así parecía que el pelo iba creciendo. Hoy ostenta un hermoso cabello rizado, que es suyo, completamente *suyo*, porque le ha costado su dinero.

Por último, oigan ustedes una historia altamente dramática que un periódico francés ha publicado.

Dos jóvenes normandos se amaban ciegamente, á pesar de que los dos tenían muy buena vista.

Un dia, el amante recibió de las manos de su amada un anillo, y oyó estas palabras pronunciadas por ella:

—Si lo pierdes, renuncia á mi amor; no serás mi esposo.

Pues señor, el muchacho juró no perder el anillo, pero un dia tuvo la feliz ocurrencia de tomar un baño en el mar, y cate usted que al salir del agua notó que habia perdido la amorosa prenda. ¡Oh desesperacion! ¡Oh triste suceso! Su amada juró no volver á mirarle á la cara, y el amante huyó á *lejanos paises* como dicen los folletinistas.

Pero aquí que un dia en que estaba almorzando en una fonda con varios viajeros, presentó el camarero en la mesa un pez muy largo. Mi protagonista, como impulsado por una mano oculta, toma el cuchillo y parte el pez en dos pedazos... y ¿qué dirán ustedes que fué lo primero que vieron todos los presentes, dentro del pescado?

—¡El anillo! ¡El anillo! gritan ya mis lectoras:

—Pues no, no fué el anillo; fué... una espina muy grande.

Eusebio Blasco.

ESPLICACION Y APLICACION DEL FIGURIN.

Trages de sociedad y de baile.

FIGURA 1.^a—Vestido de glasé azul claro; el borde de la falda se halla adornado con un volante de encaje *yack* blanco.

Cuerpo de talle redondo y liso.

Canesú de encaje *yack* redondo por detrás, y con puntas por delante, que se sujetan con el cinturón de glasé azul cerrado con una gran hebilla de plata.

Mangas cortas y huecas.

Manteleta de encaje yack con capucha, forrada en tafetan azul, y adornada con lazos de cinta azul estrecha.

Grandes pendientes de oro.

Peinado un poco alto, y adornado con lazadas de cinta azul, que sujetan en el lado derecho una margarita y un racimo de frutos, y descienden por la espalda en dos largos cabos.

Guantes blancos.

Este lindo y sencillo traje es propio para concierto en estacion de baños, ó para recibir por la noche, suprimiendo la manteleta: esta tiene por objeto el echársela sobre los hombros para pasar de un salon á otro, y evitar el fresco de las noches, ó para salida de la soireé: es un atavío lindísimo para señora jóven, y el yack—que es aun muy poco conocido en España—puede sustituirse con imitaciones blancas ó negras, si así lo prefiere la señora que haya de llevarle.

FIG. 2.^a—Falda de tafetan blanco adornado al borde por un volante de tul blanco, al que sirve de cabeza un cordon de margaritas; sobre este corre un bullonado de tul, bastante ancho.

Segunda falda de tül, que lleva al borde otro volante igual al de la primera, con otro cordon de margaritas por cabeza; esta segunda falda, está levantada ligeramente en el lado derecho por un cordon de margaritas.

Cuerpo interior de tafetan, cubierto por otro de tül, ligeramente fruncido: este está guarnecido en el escote por un cordon de margaritas, que en cada hombro, deja caer una ramita sobre la manga, formada por un volante de tul.

Cinturon de cinta muy ancha de glasé verde, enlazado por delante, sujeto el lazo por una ramita de margaritas, y que desciende por delante en largos cabos.

Peinado compuesto de lazadas de cinta verde, con caidas descendentes, y de una rama de margaritas que guarnece el peinado.

Guantes blancos.

Brazaletes de oro, y abanico de crespon con lentejuelas de oro.

Seguros estamos de que este traje parecerá encantador á todas las señoritas: á ellas está dedicado este modelo por su sencillez y frescura. Eloisa Leloir, la celebridad parisiense, ha sido inspirada, al dibujarlo, por la diosa de la juventud.

Es á propósito para concierto, té y teatro, así como para comida de etiqueta.

FIG. 3.^a—Falda de gasa tunecina (tejido de lana y seda), de fondo blanco, con rayas grana, y otras negras muy finas: el bajo de la falda está adornado con un volante de 15 centímetros cortado al bies, y sujeto por un terciopelo grana.

Cuerpo de tarlatana blanca, bajo el cual se pone otro de tafetan blanco: el de tarlatana, se adorna en el escote con un terciopelito grana: una camiseta, formada por un bulloncito de tul, sobresale del escote, y termina en una puntilla.

Mangas cortas de tarlatana, orilladas de terciopelo, y terminadas con bullon y puntilla.

Coselete con punta en el pecho y espalda de glasé negro, adornado en todas las costuras con vivos grana: en el talle, lleva este coselete un gran lazo de glasé negro, orillado por un bies de glasé grana, que termina en dos bandas.

Prendido compuesto de una dalia color de paja, de cerezas, y de un lazo de terciopelo grana.

Guantes blancos.

Brazaletes de oro liso, y abanico blanco y oro.

Para las jovencitas de catorce á diez y seis años, no podíamos dar un modelo mas gracioso, y le recomendamos á todas las madres por su elegancia, y tambien por su escaso coste.

FIG. 4.^a—Vestido de glasé rosa; la segunda falda es de crespon, y se recoge al lado izquierdo por medio de una graciosa corona de rosas y follage.

Cuerpo con peto detrás y delante, con berta formada por una drapería de crespon rosa, de la que sobresale una camiseta de tul blanco: la berta está sujeta en el pecho y hombros por ramilletes de rosas.

Mangas compuestas de un bullon de crespon rosa.

Prendido de rosas y cintas, repartidas graciosamente entre el peinado.

Collar de esmeraldas engastadas en oro.

Abanico pequeño de estilo Imperio: brazaletes de oro y esmeraldas y guantes blancos.

Este traje (esclusivamente de baile), es propio para señora jóven, y constituye un lindísimo modelo para la apertura de los teatros.

Pamela.

Por todo lo no firmado.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 14.



667

Imp. Marian.

LA FRANCE ÉLÉGANTE

Journal des Dames et des Salons

publié par la Société des Journalistes de Modes réunies

On s'abonne au Bureau de l'Administration de la France Élegante, 15, rue de la Harpe, Paris.

Ayuntamiento de Madrid